

Precios de suscripción
 EN SAN SEBASTIAN
 3 meses, 6 pesetas; 6 meses, 12; un año, 24
 EN PROVINCIAS
 3 meses, 9 pesetas; 6 meses, 18; un año, 36
 EN EL EXTRANJERO
 3 meses, 13 pesetas; 6 meses, 25; un año, 50

La Voz de Guipúzcoa

Diario Republicano

Tarifa de publicidad
 En primera plana, dos pesetas línea.
 En noticias, una peseta línea.
 En generales, sesenta céntimos línea.
 Planas enteras y medias planas, artículos, comunicados y anuncios oficiales a precios convencionales.

TELEFONO URBANO: 0-24.
 TELEFONO INTERURBANO: 9-89.

Redacción, Administración y Talleres: San Marcial, 10

APARTADO DE CORREOS: núm. 44.
 DIRECCION TELEGRAFICA: «VOZ».

VIBRACIONES

La dama del Asilo

Mientras los nuevos ricos asaltan los salones del gran mundo llenándolos con su ostentación ridícula de chamarreros enriquecidos, en un Asilo de gente miserable se desarrolla una tragedia íntima y dolorosa que pocos conocéis. Nosotros la hemos presenciado de cerca, muy de cerca, y hemos sentido palpar en nuestra alma la emoción un poco egoísta de la piedad.

Allá en Ayete, rodeado de «villas» y «chalecos» lujosos que parecen querer ocultarlo a los ojos del frívolo turista, se levanta el Asilo de Caridad. Es el Asilo de los humildes, de los más humildes, de esos que vienen mendigando por las carreteras, de pueblo en pueblo, sin más bagaje que unos harapos mugrientos y ese papelucho oficial llamado pomposamente «carta de socorro»...

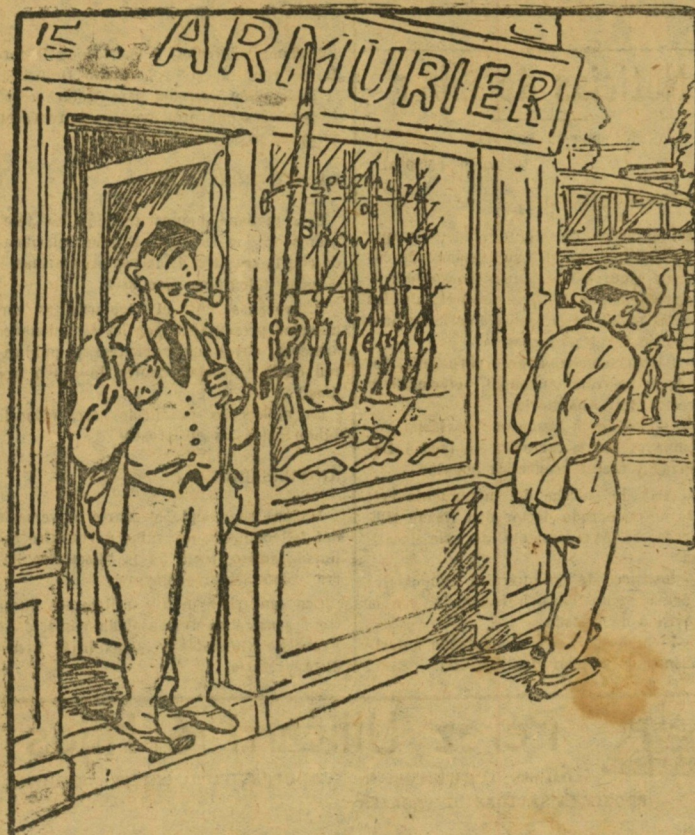
En ese Asilo, donde los miserables encuentran momentáneo cobijo para seguir al día siguiente trotando por el mundo, se halla recluida una pobre mujer. Su aspecto es el mismo de las demás mujeres asiladas. Quizás en algunos momentos, observándola bien, se advierta en ella cierto ademán de señorío...

Nos han contado su historia; una historia muy triste, muy humana. Es una dama rusa que hace pocos años, al comienzo de la guerra, tenía una cuantiosa fortuna y un esposo que la amaba. Eran felices, con toda la terrenal ventura del amor y del dinero.

Estalló la guerra y huyeron de su país. Un puerto extranjero les vio llegar, desfavoridos, mientras la guerra cruel estremecía las almas y los pueblos. Un día, el marido embolsó en un buque español que poco después era torpedeado en alta mar. Y el marido desapareció y la dama se quedó sola en la tierra, sin el amparo del amor y del dinero.

Incendios de la vida la arrastraron hasta San Sebastián como una «épave». Una persona caritativa, para evitar que las manos de la dama—blancas manos

La ola de asesinatos



—¿A quién pensará liquidar ese con la pistola que acabo de venderle?—

que nunca trabajaron—tuvieran que extenderse en la calle pidiendo una limosna, la hizo entrar en el Asilo. Y en un rincón de la casa benéfica, entre mendigos que devoran silenciosamente su ración de garbanzos, la pobre mujer siente pasar la atormentada procesión de sus días.

Su mirada se pierde constantemente en los techos del Asilo. Ciega del corazón,

sus ojos ya no tienen nada que ver ni admirar en el mundo. Contesta con indiferencia a las palabras que se le dirigen, odia con una loca manía persecutoria a las personas que la favorecieron, y vive en un estado de inconsciencia como un cuerpo sin alma.

Porque su alma se perdió con su marido y sus tesoros. Está ¿quién sabe? en el

constituía mi fuerza, y también porque ella me obliga a mendigar una palabra de piedad de los míos. ¿Arrepentirme? ¿Sentir remordimientos? ¡Qué necios son todos los que me cree! ¡Pobre Leonelo, cuán fácilmente se ha convencido de mi proyectado suicidio! Yo no me declararé nunca vencido... nunca...

El conde pasó a su cuarto tocador y se bañó la cabeza con agua perfumada para aclarar las confusas ideas que bullían en su mente.

Después de aquella ablución, el conde recibió su presencia de ánimo.

Sonrisa sardónica crispó su boca, y en sus ojos se leía una cruel resolución.

De nuevo volvió a su despacho, abrió la escribanía y de un recóndito escondrijo sacó una cajita que contenía unos polvos casi impalpables de color amarillento.

—Son más que suficientes—murmuró entre dientes.

Cerró con precaución la cajita y se la guardó en el bolsillo.

Luego bajó al salón y se echó en un sofá para esperar la llegada de su hijo.

Leonelo regresó antes de la hora de la ceta y halló a su padre meditabundo y constreñido.

—¿Nos vamos?—le preguntó con dulzura.

—Estoy dispuesto—repuso el conde,—pero convendría que avisáramos a tu madre.

—No es necesario, tengo seguridad de que aprobará mi conducta.

—Gracias, Leonelo, gracias, tu proceder generoso acrecienta mi remordimiento. ¡Ah, aunque vosotros me perdonéis, yo jamás repararé mis faltas!

Durante el trayecto, recorrido en coche hasta la apartada quinta, el padre y el hijo no cambiaron una palabra.

El conde, inmóvil en un rincón del carruaje, aparentaba estar anonadado por el pesar; pero en realidad, entregábase a toda clase de conjeturas, formando planes a cuál más diabólicos.

Leonelo, en cambio, sentía renacer la tranquilidad en su espíritu conturbado. Verdad que no olvidaría nunca los delitos de su padre, ni el fañgo que sobre su familia caería en el caso de que se descubrieran, pero creyendo en el arrepentimiento del conde, se rendía a sentimientos de piedad.

Quando el coche se detuvo delante de la verja de la quinta, el conde escuchó una exclamación de alegría y al bajar del carruaje detrás de Leonelo, vio a María, a la inocente niña, con el rostro transfigurado por el celestial contento.

Ignorándolo todo, con gesto infantil y conmovedor, se arrojó al cuello de su padre como si éste fuera el más noble de los hombres.

—Papá, papá—dijo María tiernamente,—qué bien haces en venir después de lo ocurrido. Yo estoy ya bien, pero Irene por poco pierde la vida defendiéndose de las iras de un loco.

El conde miró a Leonelo, que estaba

pálido y sereno, como preguntándole si María había recobrado la razón.

Leonelo comprendió la significación de aquella mirada.

—María ha sanado—dijo en voz alta y con tono emocionado,—y su curación se debe a la solicitud de Irene.

La joven acompañó a su padre por el paseo que conducía a la casa.

—Es cierto—añadió María con ingenuo agradecimiento.—todo se lo debo a Irene. Y pensar que antes la odiaba sin causa justificada. ¡Ah! nunca me perdonaré ese error si bien es cierto que desconocía su secreto: Irene es hermana de Fernando.

Al oír esto el conde, palideció y se detuvo.

¿Quién era el autor del piadoso engaño que devolvió el juicio a la conturbada mente de María?

Para disimular preguntó con falso interés:

—¿Cómo está Irene?

—Mejor, papá. Ahora habla a solas con mi marido, que acaba de llegar. La pobre mamá descansa y yo bajé al jardín para esperar a Leonelo, sin sospechar que te abrazaría tan pronto.

Estrechó la diestra de su hermano, que, mudo y cabizbajo, marchaba a su lado y fijó en su padre los cándidos ojos.

—Si tardas un día más en venir—dijo,—no me encuentras aquí.

—¿Por qué?

—Porque me voy otra vez con mi mari-

fondo del Océano bailando una macabra danza submarina en torno al casco agujereado que oculta a su esposo. O está en las lejanas tierras de la Rusia desangrada, por donde ella pasó su esplendor triunfal.

Es un hondo poema de dolor, éste de los nuevos pobres. Y no podemos menos de entristecernos al contemplarlos desde el altozano de nuestra piedad, como nos burlamos arlequinescamente ante el espectáculo regocijante de los nuevos ricos; esos preciosos ridículos de ahora que se habían con champagne y lucen rubios como cerezas, y profanan el áureo zumo de la vida de Cliquet con sus bocas aculataadas de vinazo y de aguardiente...

Emilio PISON.

Doctor Ortega

DEL DISPENSARIO ANTITUBERCULOSO

Especialista Corazón y Pulmones.—Consulta de once a doce de tres y media a cinco.

Calle Guetaria, 14. Teléfono 8-77

NESTLÉ



CHOCOLATE CON LECHE SVIZA

El único que gastan las personas elegantes y que regala participaciones de la Lotería de Navidad.

De venta en las buenas confiterías y coloniales finos.

do, que necesita de más cuidados, y mi obligación es no abandonarlo.

Hablaba seriamente y en sus ojos brillaba inefable ternura.

En aquel instante Satanela, incorporándose en el lecho, decía a Enrique:

—Quiéren que viva, y viviré para ahorrir a esos inocentes crueles torturados, pero si supieras lo que padece mi pobre corazón. Espero de ti el gran consuelo de que te conformes con todos mis designios.

—Ya te lo he prometido.

—¡Pobre Enrique! estás cansado y enfermo, y sin embargo, no te separas de mi lado.

—Hija mía, bastó que Fernando me dijera que tú me necesitabas, para que recobraras las perdidas fuerzas y la energía que siempre poseí.

Ella apoyó la rubia cabeza en el pecho del esforzado varón.

—Enrique tus palabras, tus miradas alivian mis quebrantos—murmuró.—Ahora no siento el dolor de mis heridas. ¿Credéis que mi madre estará contenta de mí?

—¿Puedes dárdalo?

Satanela permaneció silenciosa, y continuó con la cabeza apoyada en el pecho de Enrique; un rayo de sol, atravesando los cristales del balcón, transformó en aureola de luz los rubios cabellos de la joven.

Enrique, extático, cual si contemplara